

Epílogo: Irrupciones patafísicas animales

No quedará duda, al término de la lectura de este *Bestiario de amor*, que el descabellado teatro de Corredoira entronca con lo más genuino de nuestra vanguardia, con aquel primer teatro a contrapelo de Gómez de la Serna, con las excentricidades de Valle-Inclán o el humor, *pánico* e irracional, de Arrabal. A contracorriente de una escritura del vacío, de una estética del silencio, de un laconismo interrogante, Corredoira descerraja con prodigalidad *tres historias fascinantes* en las que el lenguaje se impone como único protagonista. Las piezas –auténticos artefactos de lectura– requieren el concurso de un lector espabilado. El dramaturgo juega *con* pero sobre todo *en contra* del sujeto que lee, impidiéndole la relación lisa y llana con el texto. El lector es llevado a ocupar el lugar que merece en el entramado de la ficción.

La celebración del lenguaje es, en Corredoira Viñuela, el centro vital de su creación. El autor lo renueva atacando los apoltronados componentes de la comunicación tradicional y del intercambio: el diálogo conversacional. Tan pronto iniciadas, las réplicas se van cargando de términos inciertos, de dobleces imprevisibles, que se reproducen al infinito en ecos extravagantes, redundantes, pomposos, sorprendentes. De nada sirve aferrarse a la lógica de fábulas propuestas: se trata de leer, escuchar y dejarse enajenar por esos raros animales –las palabras–, por un mundo extraño del que no se sale ileso. Por ello, no es el argumento el que resulta *fascinante* –son historias, en definitiva, estereotipadas, absurdas, anodinas– sino la atracción (¿fatal?) de la palabra amplificada. Estamos, creo, ante un teatro de la conversación hiperbólica en el que el intercambio y la circulación de la palabra es más importante que el interés planteado por la acción –acción reducida, justamente, a estimular esos momentos propicios a la palabra. ¿Y qué mejor situación que la palabra urgente y ampulosa de seis elefantes en fuga, las averiguaciones barrocas en torno a un gallo asesinado o las crisis afectadas de un papagayo ciego?

Los personajes de este *Bestiario* circulan entre la ambigüedad y el equívoco. El juego del lenguaje tantea en la identidad incierta de unos animales que se alejan de la sustancia humana por su designación. Los elefantes resultan –paradójicamente– de delicado contorno; lo son, en definitiva, porque barritan, así como el gallo es gallo por altanero y el

papagayo lo es por posesivo. Corredoira ejecuta enroques de identidades y palabras – metáforas animales– en el tablero en constante movimiento de su creación. Contrariamente a *los afeites de moderna estética*, el autor escoge para sus personajes nombres hilarantes y/o altamente inverosímiles, pero en todo caso sonoros. Es esa sonoridad, precisamente, la que invade todos los recovecos de la obra y saca al lector del cuadro realista y la percepción ordinaria.

Corredoira se sirve de formas convencionales –como lo hizo otrora la tradición vanguardista que conoce y profesa– para transformar la convención teatral y hacerla estallar desde su interior, desde el diálogo mismo, profanando los valores establecidos. Los intercambios humanos, en definitiva, no pueden ser tomados en serio.

Permítaseme una última asociación ilícita: la plétora verbal y gratuita del teatro de Corredoira puede leerse también como una reacción bufonesca contra la exacerbada y hegemónica productividad de nuestro tiempo y el paulatino pero seguro empobrecimiento del lenguaje –y con él, del pensamiento. Por ello, como decíamos hace un rato, este teatro se condice, por un lado, con el de su maestro y amigo Fernando Arrabal, cuya prosa inconfundible abre significativamente esta trilogía. Por otro, como la obra de Alfred Jarry, entre los pliegues del ropaje irónico, de la arborescencia y la profusión verbal del teatro de Corredoira, anida, enroscada y peluda, la cita culta, el juego intertextual y la estructura retórica clásica. Con semejantes antecedentes, imposible resulta, pues, no relacionar la escritura de Corredoira Viñuela con los perfiles descomunales del rey Ubú. ¿Estaremos ante otro *patafísico*? Los personajes que acompañan a los elefantes de colores, al gallo malogrado y al papagayo arco-iris son deformaciones de nuestra sociedad enferma y de nosotros mismos. La única manera de enfrentarse a ellos –de enfrentarnos a nosotros mismos– es el humor. Todos recuerdan, irremediabilmente, la inconmensurable panza del Padre Ubú, que proyecta y denuncia en proporciones gigantescas la estupidez de una sociedad decadente y abyecta.

Por allí parecen ir los tiros de *Bestiario de amor*: parodia y juego escénico, parodia y juego de la palabra, parodia y juego del amor, y sin embargo, hay mucho más que eso. El *Bestiario* abre una ventana privilegiada a la curiosidad teatral, desarma, construye y vuelve a echar por tierra el tinglado de la representación y del lenguaje, reinventando en cada réplica el verdadero mundo dramático, *déjanté* e improbable.

Gabriela Cordone · Berna, 6 gidouille 140 E. ‘P. (St Dieu, retraité)